

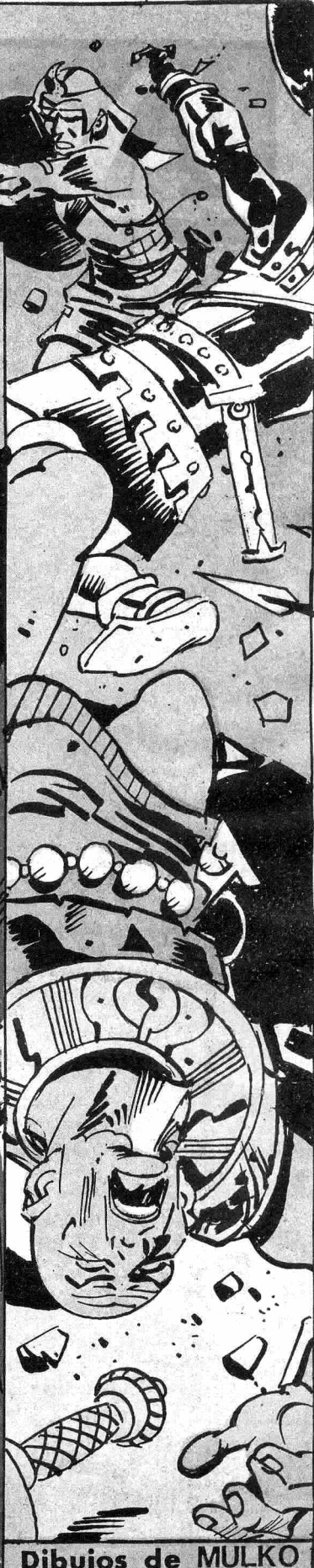


CLEOPATRA

Por RICARDO FERRARI

(E-8)

LA VOLUNTAD Y EL DESTINO



Dibujos de MULKO

El río baja barroso y maloliente. Nubes de pájaros planean sobre él, picoteando los peces que nadan torpemente en el agua fangosa. Un inmenso cocodrilo, tan viejo que no hay nadie que no lo recuerde, se deja arrastrar por la corriente lenta y borboteante. Entre todos, esforzada y torpe, una trirreme remonta la inundación.



Y en la proa, mirando todo con ojos de enemiga, Fulvia llega a Egipto.

(Horrible país...¿Qué cosa puede retenerlo aquí?)



Al instante enrojece de vergüenza y de indignación.

(Ella...Ella lo retiene aquí...)



Mira a su alrededor. Las esclavas perciben el destello de furia en los ojos como joyas y se quedan absolutamente quietas, sabiendo que esa furia ya casi no necesita motivos para desatarse.

(Cleopatra lo retiene aquí...)



(Cleopatra...)

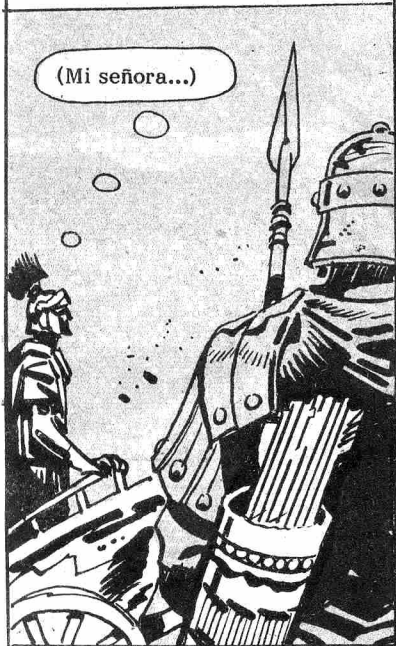


Marco Antonio ve pasar las legiones, pero no las mira. Mira un cuarto sombrío, con una reina esperando en él. Oye el estruendo de los hombres y los carros. Pero escucha una voz que lo llama entre susurros. Está aquí, revistando su tropa todopoderosa. Pero permanece entre los brazos de una mujer.

(Cleopatra...)



Bajo el sol, de pie en medio del infinito desierto que reverbera como un horno, Marco Antonio sólo piensa en su reina, sin dar importancia a nada que no sea su recuerdo, o la promesa del reencuentro.



En su lecho, la reina no piensa en nada. Oye el río, y los pájaros sobre el río, y los hipopótamos borboteando en el agua verde amarilla, y eso es todo. Espera como una flor o una roca que el sol llegue hasta ella. Y el sol, como un enamorado, o un esclavo, o ambas cosas, se desliza sobre el mármol pulido y brillante.



Se sienta en un extremo del lecho y permanece allí, silencioso. La mujer perfecta puede sentir la tensión y en un instante todos sus instintos están alertas.



Los ojos de gato parecen brillar un poco, como sólo ojos así centellean cuando se presiente al enemigo. Y con un gesto estudiado y estudiada humildad en la voz, le acaricia el pelo y le susurra al oído.

No te preocupes. Yo aceptaré lo que tú decidas. No importa qué sea. Y te seguiré amando.



El hombre la oye, siente las palabras meterse muy hondo en su alma. Pero sólo puede contestar repitiendo una y otra vez la misma frase.



No. Más a la derecha. Cerca de la ventana. ¿Qué te parece, Drusila?



Mira por la ventana. Tebas está allí, inmensa y bulliciosa, con sus extraños olores y sus inquietantes silencios fugaces.



No. No es exacta. Pero servirá.

Mi señora... Toda esta pelea es inútil. Tú y esa reina quieren al mismo hombre no por él sino por el poder que él significa.



No te pregunté nada, Drusila.

Claro que no. Nunca preguntas. A nadie. Si lo hubieras hecho siquiera una vez, sabrías que a hombres como Marco Antonio no se los puede presionar.



Drusila, algún día me cansaré de ti.

Drusila sonríe, y en su rostro anciano hay un poco de burlona malignidad.



¿Y qué harás? Soy demasiado vieja para tenerle miedo a nada.

En fin... Tengo otros asuntos que atender, más importantes que jugar contigo...



La reina camina por los corredores silenciosos. Cuando pasa ante las puertas inmensas, la luz trasluce su túnica y es, por ese instante, una luminosa ilusión de belleza.

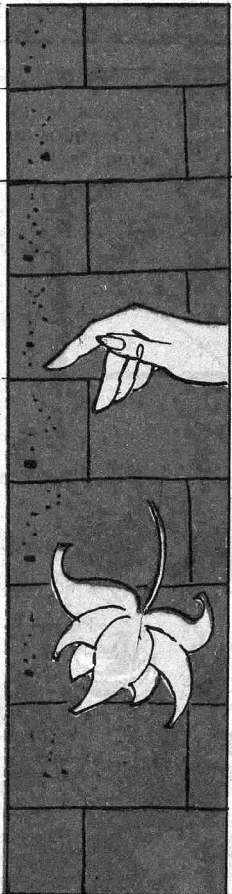


Pero...

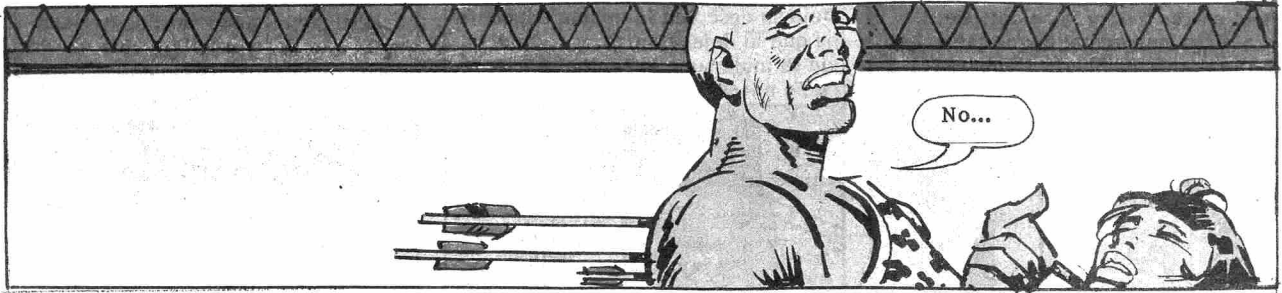
Saludos del infierno, poderosa señora. Saludos de la muerte, y de los muertos.

Saludos de Fulvia, esposa de Marco Antonio. Saludos de Fulvia, que no deja ofensa sin vengar...

¡Ah!



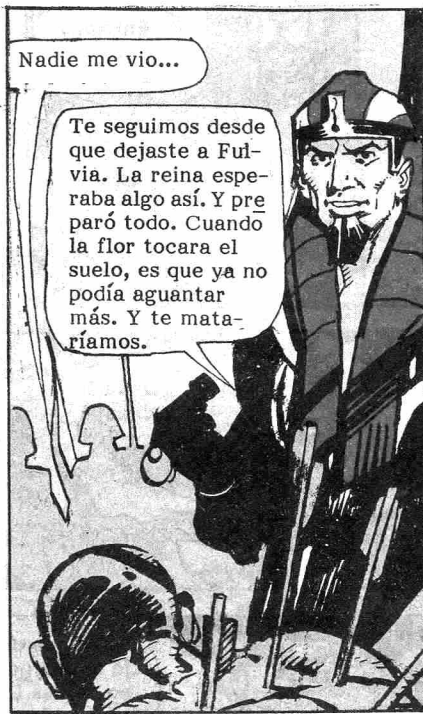
Pero...



NO...



No puede ser...



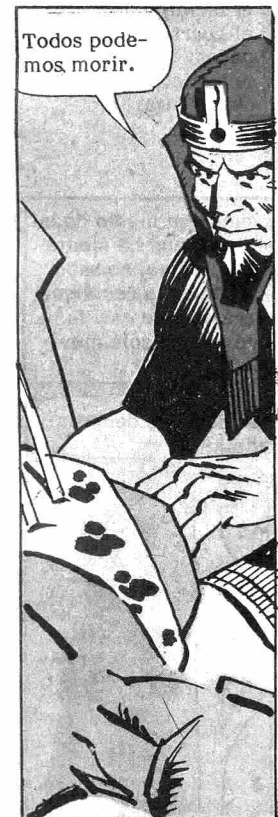
Nadie me vio...

Te seguimos desde que dejaste a Fulvia. La reina esperaba algo así. Y pre paró todo. Cuando la flor tocara el suelo, es que ya no podía aguantar más. Y te mataríamos.



Marco Antonio conoce de muertes. Las marcas en el cuello de la reina no le dejarán lugar a dudas. Y cuando revise tu cadáver, encontrará oro y una carta dándote la libertad, con la marca de Fulvia falsificada.

Pudo...pudo morir.



Todos podemos morir.



Tú no. Tú ya has muerto...



Y en la inconsciencia sanguinolenta que es la antesala de la muerte, la reina oye esas palabras. No las entiende. Pero sabe que las ha oído, y que está viva. Y sonrío dolorosamente, con su boca de labios tumefactos y su lengua hinchada.

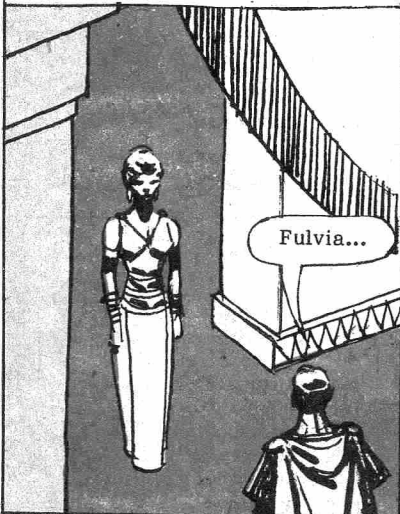


Marco Antonio trepa de dos en dos las escalinatas. Va furioso, y en un gesto reflejo su mano se cierra sobre el puño de la espada.

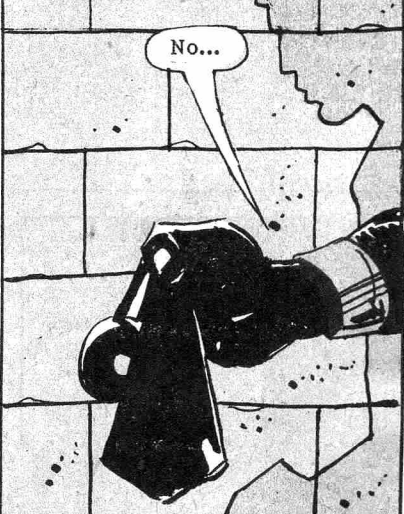
Y al entrar a la casa se detiene. De pronto ha entrado al hogar que dejara, ya no recuerda cuánto tiempo atrás, en Roma.



Deja su casco en la misma banqueta en que lo dejaba antes, y camina hacia la mujer que lo recibe sonriente, como antes.



Y al alzar la mano para acariciarla ve lo que lleva en ella, y una ola de furor lo ahoga y engecece.



Mi querida esposa... Llegas a Tebas, y antes siquiera de hablar conmigo mandas matar a Cleopatra.

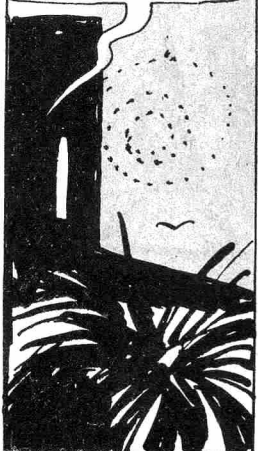


De esto. Estaba en el cuerpo del hombre que casi estrangula a la reina. Oro. Oro romano. Y una manumisión, con tu firma.



Mira la habitación. Sabe, sin necesidad de volverse, que tras él debe de estar el lecho, y más allá el cuarto con sus espadas. Y siente esa minuciosidad como una ofensa.

Mujer, te has equivocado conmigo. Te has equivocado mucho. Cuando entré, realmente sentí que este era mi lugar.



Fulvia queda en medio de la trampa inútil que ha montado. No sabe cómo, no sabe de qué manera, la reina que ni siquiera conoce, casi la ha destruido con un solo movimiento.



Y tras ella, sin cuidarse ni disimular, Drusila deja oír una risita burlesca.

¿Qué sucede, poderosa señora?
¿Has presionado demasiado a este hombre?



En su lecho, Cleopatra respira con cuidado. El cuello magullado aún le duele, cuando es atravesado por el aire. A su alrededor, las esclavas perfuman su cuerpo y lo adornan, como puliendo una joya.



(Ya casi está... Sólo tiene que cometer otro error...)

Cuando el general llega, las esclavas parecen evaporarse, silenciosas, casi invisibles. Y sólo queda ella, perfecta y radiante, hermosa hasta lo irreal aun después de haber rozado las vestiduras ásperas de la muerte.



Mi señor...

La reina mira el rostro sombrío, la frente arrugada. Internamente aprueba lo que ve.



¿Cómo estás?

Mi buena reina... Han tratado de matarte, y piensas en mí.

Y yo ni siquiera sé qué hacer. Mientras estuve en Egipto... Mientras estuve contigo descubrí sentimientos y emociones que ni siquiera eran imaginables en mi vida de soldado. Pero ahora... Ahora Fulvia está aquí.



Ya no sé lo que siento. Estoy contigo y no quiero moverme de tu lado. Estoy ante ella, y... Ah, qué fácil es cuando no hay que decidir, cuando sólo hay que tomar una espada y marchar a la muerte o a la victoria, sin dudar, sin hacer preguntas...



(Ya está.)



(Otra vez he vencido. Sólo debo hacerle cometer un error más. Uno más...)



(...y las cosas serán exactamente como yo las quiero. No como los demás dicen que deben ser, ni como es más probable que sean. Sólo como mi voluntad decide...)

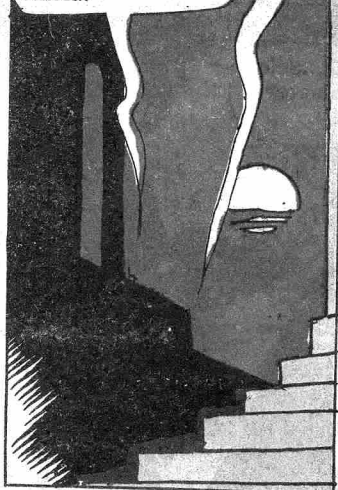
El legionario mira la casa. Lleva años lejos de Roma, y sin embargo reconoce que esos muebles y esos cortinados son romanos. Y eso lo hace sentir más molesto aún.



Señora...

Traigo un mensaje de Marco Antonio, mi general.

Un mensaje de él... Habla.



Dice mi general que no puede regresar a Roma. Pero que entiende que su lugar es junto a ti. Que prepares el menor equipaje posible. Y esta misma noche, si aceptas, huirá contigo, río arriba, a donde ni egipcios ni romanos los encuentren nunca. Pero juntos.



El bastardo...



¡El bastardo!

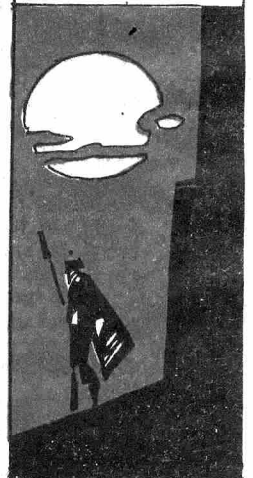


Y tras ella, Drusila ríe entre dientes.

¡Que se pudra en el infierno! ¡No renunciaré a Roma por él! ¡Y si él no me sigue para ser la dueña de Roma, no me interesa!



El legionario espera. Nadie repara en él. Por fin, cuando las esclavas comienzan a empaquetar los cortinados y los muebles, comprende que nadie volverá a hablarle, y se va.



La reina espera, mirando hacia el río. Espera atenta a cada sonido del atardecer, como si un mensaje vital debiera llegarle en la luz de infierno del ocaso.



Y cuando el legionario habla tras ella, se sobresalta.

Señora, traigo un mensaje de Marco Antonio.





Dice mi general que no puede permanecer más en Egipto. Pero no puede vivir sin ti, y te ruega que lo acompañes a su exilio. Que no lleves riqueza. Sólo tú. Y que huyan juntos.



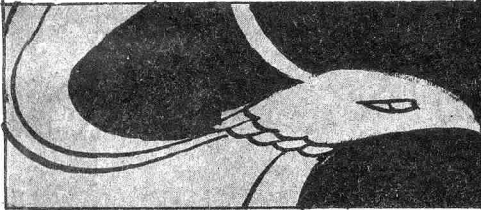
(Ah...Fulvia no se rinde...)



Di a tu general, que es mi señor, que sólo tiene que venir por mí, o decirme adónde debo ir. Que estoy dispuesta.



El legionario saluda y se marcha. La reina espera a que se haya apagado el eco de sus pasos, y sólo entonces, ya incapaz de ahogarla, suelta la carcajada.



¡Ja, ja! ¡Pobre Fulvia! ¿Crees que caeré en mi propia trampa?



Sé que tú mandaste ese mensajero. Jamás aceptaré seguir a ningún hombre a la pobreza. Si Marco Antonio me lo pidiera me le reíría en la cara. Pero no dejaré que le reveles eso, pobre mujerzuela...



Y en ese momento, por el río, ve bajar la galera.

Pobre, pobre Fulvia.



Fulvia no mira hacia la costa. Tiene los ojos fijos en las tablas de la cubierta, como si ignorándolo pudiera destruir el reino, y la reina.

(Es el destino...él la eligió a ella. He perdido.)

Señora, esto estaba en tu recámara.



Pero...Tiene su sello...El sello de Cleopatra...



Primero palidece. Después enrojece de furia.

La bastarda...La despreciable ramera...



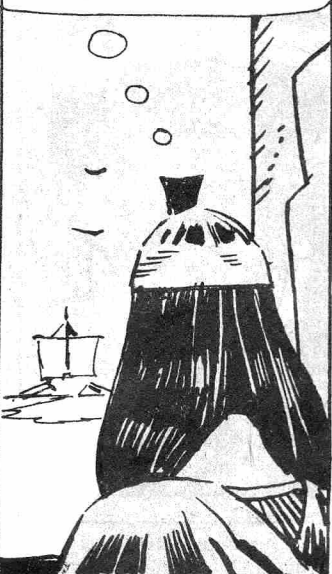
¡Ella envió el mensajero!
¡Marco Antonio jamás envió a nadie a preguntar nada!



Y con un alarido atroz, inhumano, Fulvia se precipita a la demencia.



(Pobre Fulvia...Apenas oíste el mensaje, me enviaste un legionario a que me diera un no a mí. Y como mi respuesta fue la que Marco Antonio hubiera querido oír, te marchaste...No creí que fueras buena perdedora...)



Mi señor...

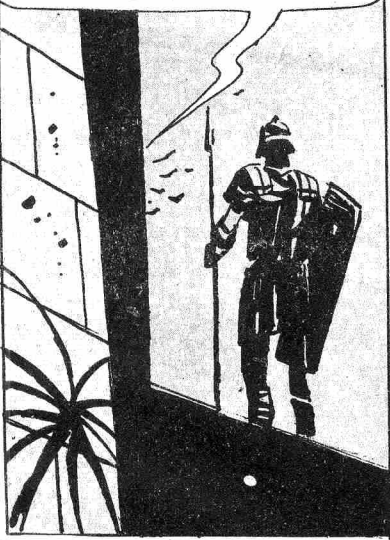


Mi señor...Te-
mí tanto que
no vinieras...



Mi reina...Por un momento
estuve indeciso.

Para decidirme, envié mensajeros. Uno a ti y otro a ella, a hacerle la misma pregunta. ¿Aceptarías la pobreza y el exilio a mi lado, sólo por amor?



(No...)

La reina no se detiene. Sigue desabrochando la armadura como en una danza, o en un rito. Pero en sus ojos hay un brillo de alarma.

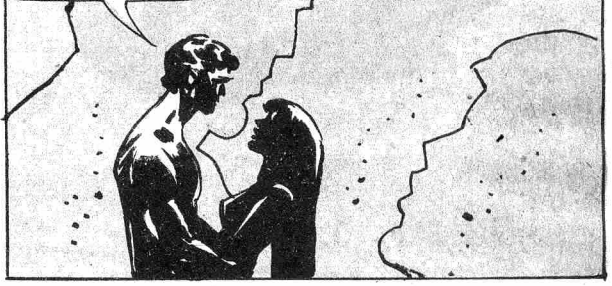


El que envié a ver a Fulvia, llegó cuando su nave ya había zarpado. Ni siquiera pudo hacerle la pregunta.

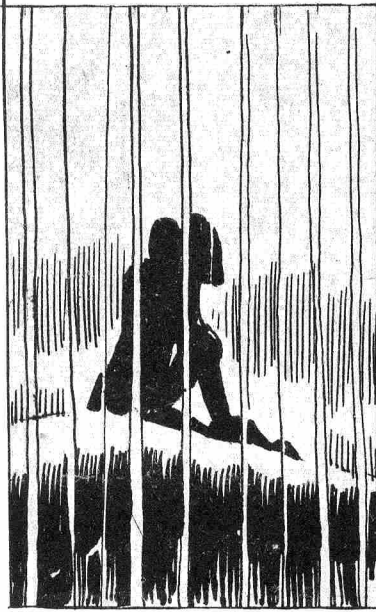


(No puede ser...)

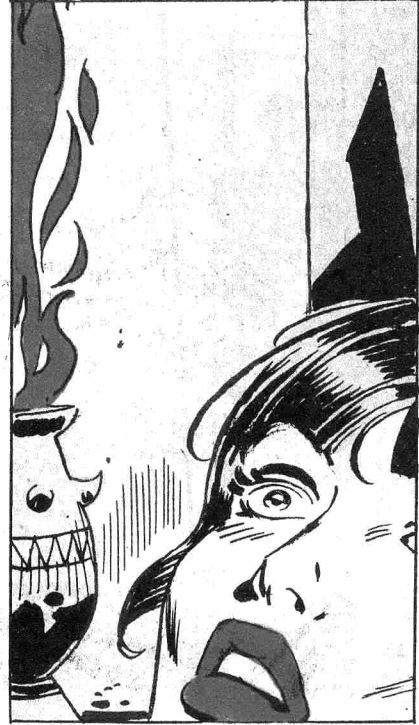
Y el que vino a verte a ti...Ni quería oírlo. Tenía miedo de que tú también me abandonarás. Y sin embargo...Ah, mi reina...



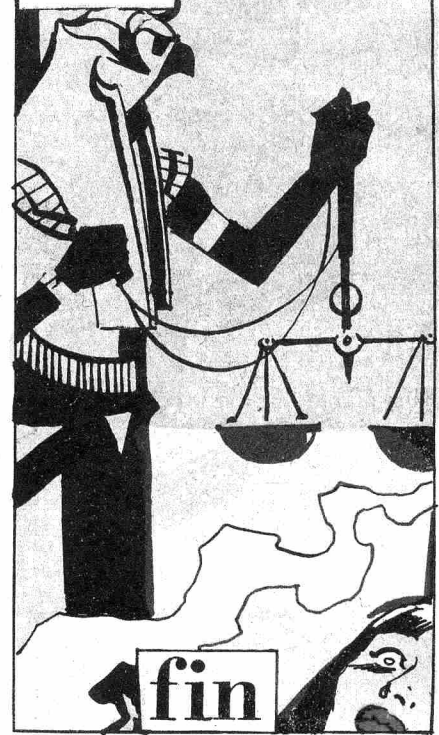
Y mientras se deja abrazar, mientras se deja acariciar y besar, mientras finge entregarse enamorada y ardiente, la reina comprende que todas sus intrigas y sus astucias han sido inútiles.



Esto que le sucede no es su voluntad.



Es su destino.



fin